

**“SENIORES VENERARE, IUNIORES DILIGERE”  
CONFLICTO Y RECONCILIACIÓN DE GENERACIONES  
EN EL MONACATO ANTIGUO**

*Encuentro en el Templo*

Cuando el niño Jesús fue presentado en el Templo y alzado en los brazos del anciano Simeón, que conmovido balbuceó su *Nunc dimittis*, se manifestó a plena luz mucho de la naturaleza y el rol de la juventud y la edad madura en el plan de Dios. *Hypapante*, es decir, “Encuentro” llaman los orientales al acontecimiento salvífico contenido y reproducido por la fiesta de la Presentación del Señor, llamada vulgarmente Candelaria. En realidad, tiene lugar allí el encuentro no sólo entre la Antigua y la Nueva Alianza, entre la expectativa y el cumplimiento, entre la divinidad ofrendada y la humanidad acogida, sino también -y por antonomasia- entre el joven y el viejo, entre el vigor y la sabiduría. En la temprana luz de aquella Candelaria se realizó aquel mutuo intercambio, aquel sagrado comercio entre las generaciones, que será y es el secreto de la vitalidad de las familias y comunidades cristianas a través de los siglos: a la silenciosa entrega del niño respondieron el himno alborozado y la profecía del anciano; a la pobre y juvenil ofrenda de la Virgen hizo eco la alabanza de la viuda. Jesús y Simeón, María y Ana, hija de Fanuel, representan anticipadamente, entre admiración y regocijo, impulsados todos por el Espíritu que hace posible el encuentro entre los hombres, aquella sagrada reciprocidad que la sabiduría secular de los monjes, condensada en la *Regla* de san Benito (RB), resumiría en la sentencia: “Venerar a los ancianos, amar a los jóvenes”<sup>38</sup>.

Los dos pasajes de la RB en que aparece esta recomendación son propios de Benito, en contraste con la Regla del Maestro (RM), su modelo, que no los contiene, como hace notar A. de Vogüé. Da la impresión de que este tema es particularmente caro al redactor de la RB, ya que también los pasajes en que hace resaltar la importancia de la opinión de los jóvenes frente a los ancianos<sup>39</sup>, son característicos y peculiares suyos. Si innova con respecto de los jóvenes, Benito sigue la tradición más antigua en la descripción del rol de los ancianos: estos son el modelo que los jóvenes deben imitar (7,55); a ellos deben someterse en obediencia (71,4); deben ser tratados con deferencia (63,10-17); son los consoladores por excelencia (27,2-3) y los celadores de la castidad de los jóvenes (22,7), y como porteros (66,1) y maestros de novicios (58,6) tienen la misión de recibir a los huéspedes y postulantes.

En el respeto y cultivo de estos valores el monacato encuentra su equilibrio humano y al mismo tiempo se edifica la garantía de su continuidad a través del tiempo. Esta armonía generacional depende principalmente de dos factores: del conocimiento del papel que le compete dentro de la familia o de la comunidad a cada edad y de la puesta en práctica de las virtudes peculiares de jóvenes y viejos, que anulan o amortiguan los defectos, igualmente característicos y destructores de la relación entre ambos.

En las comunidades en las que esta sabiduría y esta práctica se dan, se anuda un lazo entre jóvenes y ancianos, haciendo posible la santa *paradosis*, es decir, la tradición viva, la transmisión de la experiencia espiritual, que es la razón de la continuidad de los monasterios. Al revés, donde los jóvenes, siguiendo su tendencia al parecer característica, desprecian, desechan y, alborotan la herencia espiritual, y los ancianos a su vez se encierran en una mezquina dureza

---

<sup>38</sup> RB 4,70-71 y 63,10. Véase la explicación de las siglas y las ediciones que hemos utilizado en la bibliografía.

<sup>39</sup> RB 3,3; 63,5-6; 64,2.

y anquilosada repetición, se rompe o ni siquiera alcanza a formarse la tradición vivificante. Por lo tanto, puede darse el encuentro o el conflicto de generaciones -y esto se experimentó ya en el monacato antiguo- y según que suceda lo uno o lo otro habrá vida o muerte comunitarias. El problema, que nos parece tan propio de nuestro tiempo, sin embargo ya había sido captado y vivido por los primeros monjes. Ni la así llamada “juventud de hoy”, ni los “viejos” carecen de antecedentes muy ilustrativos en los centros monásticos de antes. La mirada al pasado corrobora y relativiza así lo que hoy nos preocupa.

### ***Cómo veían los monjes antiguos a los jóvenes***

En una ingeniosa parábola Isaías de Gaza traza el paralelo entre el proceso de la fabricación del vino y la edad juvenil, que nos da el tono de la opinión común de los Padres del desierto sobre esta edad:

“En sus comienzos el vino fermenta; es la imagen de la juventud. Esta es agitada hasta que llega a la edad en que se estabiliza. No se convierte en vino si no se le agrega una sustancia fermentante en prudente medida; igualmente es imposible que la juventud progrese con su voluntad propia si no recibe de sus Padres en Dios el fermento que la impulse en su camino, hasta que Dios le dé la gracia y ella vea por sí misma. Se mantiene el vino en la bodega hasta que se decante; igualmente sin recogimiento, mortificación y toda clase de trabajos, es imposible que la juventud alcance su estabilidad. Si se deja el vino con residuos, se convierte en vinagre; igualmente la juventud, si no comparte con otros la misma santa manera de vivir y la misma ascesis, pierde la forma recibida de sus Padres espirituales. Se recubren las tinajas de vino con tierra para evitar que pierda su sabor; igualmente si la juventud no aprende la humildad en todo, sus esfuerzos serán vanos”<sup>40</sup>.

En la misma línea se mueve el abad Matoes cuando dice: “Cuando yo era joven me decía: ‘Algún día haré cosas grandes’; pero ahora que soy viejo no veo en mí nada bueno”<sup>41</sup>. Hay por lo tanto en el joven un impulso a menudo excesivo. Por eso el defecto más característico del monje joven parece ser el orgullo, o, si preferimos, una *gran confianza en sí mismo*, en sus propias fuerzas. Hay en él una efervescencia vital en la que muchas veces la ilusión predomina sobre el sano realismo.

Muy típico en este sentido es un episodio sucedido con un monje de un cenobio vecino al de Pacomio. No se dice expresamente que era joven, pero todas las circunstancias lo hacen suponer. El caso es que el monje en cuestión llegó a reclamar para sí el cargo de ecónomo, para el cual su superior, sin embargo, no lo creía competente. Como éste no conseguía persuadir al joven de la inconveniencia de tal nombramiento, tuvo la debilidad de mentir, afirmando que era Pacomio quien se lo había desaconsejado. Fue como echar combustible al fuego, porque el despechado lo agarró del brazo, exclamando lleno de cólera: “Y bien, vamos donde Pacomio y él nos tendrá que decir por qué ha dicho estas cosas contra mí”. Ya podemos imaginarnos con qué sentimientos el pobre superior se presentó con su enardecido júnior ante Pacomio. Este se encontraba en un andamio, construyendo con los hermanos un muro para el monasterio, y naturalmente quedó sorprendido cuando el joven, hecho una furia, le espetó: “Baja, mentiroso y dime en qué consiste mi falta”. Pacomio no acertó a decir palabra, por lo que el candidato a ecónomo exclamó: “Tu boca está cerrada y no encuentra ninguna disculpa. ¿Quién te obliga a mentir, sobre todo a ti, que pretendes ser clarividente, cuando en realidad tu mente está oscurecida?”. El así increpado respondió por fin, sin comprender nada de lo que el otro pretendía: “Perdóname, he pecado contra ti, ¿y acaso tú no has cometido jamás una falta?”. Ante esta respuesta el hermano por fin se calmó. Pacomio descendió del andamio, se acercó al

---

<sup>40</sup> IG XII,3-7.

<sup>41</sup> G Matoes 3.

compungido superior del hermano y le preguntó intrigado: “¿Qué pasa?”. El superior, “llorando y con el corazón quebrado”, le confesó que había abusado de su nombre para defenderse contra las pretensiones del joven y, azorado, pidió mil disculpas. Pacomio, que no carecía de sentido del humor, le dijo: “Escúchame, dale ese puesto. Si ayudas a un hombre que está pasando un mal momento le permites volver al camino verdadero, porque el amor de Dios consiste en sufrir los unos por los otros”. Vueltos a su casa el hermano rebelde fue investido por el superior con el anhelado cargo. Algunos días después el novel ecónomo se deshacía en lágrimas y volviendo a Pacomio lo abrazó y le dijo con voz entrecortada: “Verdaderamente, hombre de Dios, tú eres más grande de lo que se dice, porque he visto cómo venciste el mal por medio del bien (*Rm* 12, 21). El Señor sabe que si aquel día me hubieses insultado en lugar de ser paciente y misericordioso, ya habría apostatado de la vida monástica y me habría alejado de Dios. Seas bendito, hombre de Dios, porque gracias a ti *vivo*”<sup>42</sup>.

En otras circunstancias aquel exceso vital que es el orgullo, se manifiesta en la iniciativa de buscar un padre espiritual a la propia medida, como aquel jovencito que le expresó a un famoso anciano: “Padre, yo quisiera encontrar un anciano conforme a mi voluntad y morir con él”. El anciano le respondió pensativo: “Es una buena idea, Monseñor. Y si encuentras a un anciano según tu gusto, ¿vas a vivir con él?”. El jovencuelo, muy seguro de sí, afirmó: “Sí, por supuesto, siempre que sea uno conforme a mi voluntad”. El anciano le dijo entonces: “¿No será para que él siga tu voluntad y no tú la suya y así estés contento?”<sup>43</sup>.

Otras veces el impulsivo joven, apenas ha tomado el hábito, ya se cree en condiciones de vivir en la soledad, como aquel que, encerrándose en su reciente clausura y revestido de su capuchón, decía: “Soy un anacoreta”. Los ancianos, habiendo tenido noticia de esta flamante proclamación lo echaron de su recinto y lo obligaron a ir de celda en celda humillándose y diciendo: “Perdonadme, Padres, porque no soy un anacoreta, sino un debutante”<sup>44</sup>. Frente a estos intentos de militar en la vida monástica bajo estandartes propios, los Padres eran tajantes: “Si ves a un joven que por su propia voluntad sube al cielo, agárralo del pie y tíralo para abajo, esto le hará bien”<sup>45</sup>. Esto valía incluso para el caso de que el joven fuera taumaturgo: “El abad Antonio oyó de un monje muy joven que había hecho un milagro. Algunos ancianos relataron el hecho a Antonio. Este sólo respondió: ‘En mi opinión este joven se parece a un barco cargado de bienes, pero no sé si llegará a puerto’”<sup>46</sup>. De hecho, más adelante nos enteramos de que el joven monje pecó y murió sin poder dar satisfacción.

Esa excesiva autoconciencia juvenil, unida a un falso pudor, también se manifiesta en la dificultad que muchas veces experimenta el novicio de abrirse a los ancianos espirituales, cuando esto precisamente es el remedio más efectivo contra el orgullo. “El diablo, enemigo sutil-opina Casiano- no podrá engañar con sus artilugios al joven, a no ser que logre hacerle ocultar sus pensamientos, ya por arrogancia, ya por vergüenza. Porque dicen que es señal clara y evidente de que un pensamiento procede del demonio cuando nos ruboriza el manifestarlo al anciano”<sup>47</sup>.

Hay otros dos rasgos que parecen ser típicos de los monjes jóvenes de todas las épocas: cierto *desdén por los “viejos”* y un *vehemente deseo de cambiarlo todo*. De un joven monje llamado Hierón, natural de Alejandría, “muchacho de relevantes prendas, de maneras cultas, dotado de una inteligencia clara y además puro de costumbres”, refiere la *Historia Lausiaca* que hasta el famoso Evagrio Pónico le parecía poca cosa, pues llegó a decir que los que seguían sus enseñanzas “eran unos incrédulos”, porque según él “no se debía tener otro maestro que Cristo”. Paladio agrega que la arrogancia de este vástago del monacato lo llevó hasta tergiversar las

---

<sup>42</sup> VP 42.

<sup>43</sup> G Anónimo 113.

<sup>44</sup> G Anónimo 111.

<sup>45</sup> G Anónimo 112.

<sup>46</sup> G Antonio 14.

<sup>47</sup> Inst. IV, 9.

palabras de la Escritura<sup>48</sup>.

En cuanto a los impulsos revolucionarios, está la graciosa historia de los Apotegmas sobre cierto novicio que quiso renunciar al mundo e importunó tanto al anciano que lo dirigía con sucesivos proyectos de refacciones de puertas, techos y protecciones contra hipotéticos leones, que al final el anciano, desesperado, le dijo: “Ay, quisiera que todo el monasterio se derrumbara sobre mí y que el león me comiera, para estar libre de esto”<sup>49</sup>. Contra estas tendencias, al mismo tiempo desdeñosas y perturbadoras, las Reglas de Pacomio advierten claramente a los jóvenes: “Aquellos que menosprecian los preceptos de los ancianos y las reglas del monasterio, que han sido establecidas según el mandato de Dios, y que hacen poco caso de los avisos de los ancianos, serán castigados según la forma establecida hasta que se corrijan”<sup>50</sup>.

El monje novel mantiene también, junto al idealismo de sus primeros años, un cierto apego a lo mundano que se manifiesta, por ejemplo, en el *gusto por las ropas vistosas*<sup>51</sup>; en *cierto estilo pretencioso*<sup>52</sup>; en el *deseo de charlar y reír* ilimitadamente<sup>53</sup>; en su *glotonería*<sup>54</sup>; en una *falta de control* sobre la vida del cuerpo<sup>55</sup>, especialmente en el aspecto de la continencia<sup>56</sup>.

Otra manifestación de imperfección juvenil era la *inquietud e inestabilidad*, mal contra el cual los maestros más avezados del yermo se veían obligados a luchar de continuo. Prueba de ello es la observación del abad Isaías: “Un novicio que va de monasterio en monasterio se parece a un animal que salta de un lado a otro por temor de la rienda”<sup>57</sup>.

Finalmente también se registran entre los jóvenes propensiones a *desórdenes e indisciplinas en materia litúrgica*. La Regla de Pablo y Esteban menciona el caso de jóvenes presuntuosos que se adelantan a los mayores en la salmodia, *inmatura festinatione*, echando a perder *per inordinatam audaciam* el oficio divino, que debería ser recitado *cum timore*, sabiamente y no *insipienter*. La misma Regla observa que tales travesuras juveniles causan *magnas commotiones* en el oratorio<sup>58</sup>.

Los defectos consignados entre los monjes jóvenes no faltan tampoco entre las *monjas* de la misma edad. En la anónima “Exhortación a una virgen”, que fue publicada junto con la “Vida de santa Sinclética”, se cree necesario insistir en que “no es bueno que una joven conviva con otra joven, porque no harán nada en serio; la una desobedecerá a la otra y aquélla despreciará a ésta. En cambio, es saludable que una joven esté bajo la autoridad de una más anciana. La anciana, en efecto, no cederá ante los caprichos de la joven. Maldita la virgen que no está bajo la dirección de una Madre, pues será como un navío sin piloto”<sup>59</sup>.

A pesar de esta pintura suficientemente realista de los defectos de la juventud, las fuentes monásticas antiguas están muy lejos de ignorar las virtudes que con más frecuencia se encuentran en la edad temprana. Descuella como paradigma de radiante santidad juvenil la famosa “Vida de Dositeo”, aquel joven ex-militar, “delicado y de aspecto agradable”, que en solo cinco años, por su filial e íntegra obediencia y “por el quebranto de la voluntad propia” excedió las virtudes de los más venerables ancianos<sup>60</sup>. En Occidente el papel de Dositeo lo

---

<sup>48</sup> HL 26.

<sup>49</sup> NR. N 17.

<sup>50</sup> R Pac, PJ 8 (167).

<sup>51</sup> G Isaac, sacerdote de las Celdas, 7; IG III,64-65.

<sup>52</sup> J-Ep 52,1; NR, N 616.

<sup>53</sup> G Ammonas 2; G Antonio 18; IG III,67; VP 104.

<sup>54</sup> G Gelasios 3, IG XII,1-11.

<sup>55</sup> G Juan 1; IG III,66-70; *ibid.* IV,70.

<sup>56</sup> Conf. XIX,16; IG IX,2.

<sup>57</sup> G Isaías 3.

<sup>58</sup> RPS XII y XXIII.

<sup>59</sup> DS 14.

<sup>60</sup> VD 2 y 12.

desempeña igualmente un joven militar, Martín de Tours: “Tenía diez años cuando, a pesar de sus parientes, buscó refugio en una iglesia y solicitó hacerse catecúmeno... A los doce años ya deseaba vivir en el desierto”<sup>61</sup>.

Dositeo y Martín encarnan aquella *prescindencia de los propios intereses e irrestricta entrega a los demás* que tan a menudo se encuentra entre seres jóvenes. Esta auto-entrega se manifiesta en la servicialidad y la obediencia llevadas ambas hasta el total olvido de sí mismo. Es el caso, por ejemplo, del joven Teodoro de Ennaton, que, por hornear los panes a todos los hermanos que acudían, relegaba la labor para sí mismo hacia el final<sup>62</sup>. Este *espíritu de diaconía* se manifiesta sobre todo en el servicio de los enfermos, virtud eminentemente juvenil, llevada a veces hasta los extremos de aquel joven que bebía el agua con que había lavado las heridas de su anciano<sup>63</sup>. Pero también es puesto a prueba en el caso de que el servicio haya de rendirse a ancianos difíciles: así le sucedió a cierto joven que convivía con un anciano borracho. Todos los días el producto del trabajo de ambos era invertido en bebida para el viejo, mientras que el joven sólo recibía un pan al atardecer. “Obró así durante tres años, sin que el muchacho dijera nada”. Al final la paciencia del joven convierte al anciano de su vicio<sup>64</sup>. Otro joven mostró igual perseverancia en el servicio de un anciano que vivía en concubinato: los tres terminaron por salvarse, la mujer en calidad de monja<sup>65</sup>.

En cuanto a la entrega que se manifiesta por la *obediencia*, hay muchos emuladores de Dositeo, especialmente en el monasterio de Pacomio<sup>66</sup>. Vecina a la obediencia está la capacidad, también alabada entre los jóvenes, de dejarlo todo de una manera repentina y hasta violenta para ir en pos de un ideal, como aquel joven hombre que para escapar a las tentaciones que le impedían hacerse monje, se despojó literalmente de todo, para correr desnudo al monasterio. Más tarde cuando se trataba del tema “renuncia” los ancianos señalaban a ese joven diciendo: “Preguntadle a ese hermano”<sup>67</sup>.

Curiosamente no faltan tampoco observaciones sobre una especial capacidad para rezar, un cierto entusiasmo por la oración entre los jóvenes: “Dijo el abad Isidoro: Cuando era joven y permanecía sentado en mi celda, no tenía medida para mi oración; la noche tanto como el día eran para mí tiempo de oración”<sup>68</sup>.

Es San Juan Crisóstomo el que encuentra las expresiones más elocuentes para describir las ventajas de la juventud sobre la ancianidad en la carrera de la santificación: “El que abraza el estado monástico al fin de su vida gasta todo el tiempo en lavar los pecados cometidos en la edad anterior y en esa labor consume toda su energía, y ni aun así le basta muchas veces, sino que sale de este mundo con hartas reliquias de las antiguas heridas. En cambio, el que desde su primera edad bajó a la arena, no tiene por qué gastar el tiempo en eso y estarse siempre curando sus heridas, sino que desde el principio recibe los premios de la victoria. El uno tiene que contentarse con reparar las derrotas pasadas; el otro, empero, levanta trofeos desde que emprende la carrera y añade victorias a victorias y, como un campeón olímpico que camina de la primera edad a la vejez de proclamación en proclamación, así llega ese a la eternidad, ceñida su cabeza de coronas sin cuento”<sup>69</sup>.

### ***La edad madura en el espejo de la literatura monástica antigua***

---

<sup>61</sup> VM II.

<sup>62</sup> G. Teodoro de Ennaton 1.

<sup>63</sup> R XVII,25; cf. VSM 8.

<sup>64</sup> G Anónimo 209.

<sup>65</sup> NR, PE I 27,3.

<sup>66</sup> VP 104-105 y 121.

<sup>67</sup> NR, N 51.

<sup>68</sup> G Isidoro 4.

<sup>69</sup> CI III,18.

El defecto congénito de la ancianidad, según nuestras fuentes, parece ser la *dureza*, el *anquilosamiento espiritual*, que habitualmente se manifiesta en una cierta incompreensión por las inquietudes y problemas de los más jóvenes. Muy ilustrativa en este sentido es la experiencia del joven Paladio: “Un día al dirigirme al abad Isidoro cuando estaba aún en mi mocedad, le pedí consejo sobre la vida monástica. Creyendo él que estando yo en plena efervescencia de la edad no necesitaba de discursos, sino de combates y fatigas de la carne, a la manera de un domador de potros, me condujo extramuros de la ciudad a un lugar llamado las “Soledades”, distante unas cinco millas, y ahí me dejó sin más”<sup>70</sup>. Dentro de la rudeza de modales del desierto, casos como esos y abruptas despedidas no eran tan extraños. La dificultad que experimentan muchos ancianos para amoldarse, dentro de ciertos límites, a los temperamentos y a los problemas de los hermanos jóvenes, le hacía exclamar al abad Poimén: “Muchos de nuestros Padres han llegado a ser muy valientes en la ascesis, pero en la fineza, muy pocos”<sup>71</sup>.

Esto nos lleva al problema de la *falta de discreción y discernimiento*: defecto muy grave en ciertos ancianos, porque los incapacita para el ejercicio de la dirección espiritual. Es más: en ocasiones esa esclerosis espiritual puede ser la causa de que un joven se pierda definitivamente. “Así como no todos los jóvenes son igualmente fervorosos, sabios y de buenas costumbres - observa Casiano en su segunda Conferencia- así tampoco en todos los ancianos se halla el mismo grado de perfección y la misma virtud consumada. Por esto lo que constituye su verdadera riqueza no son precisamente sus cabellos blancos, sino el celo que han desplegado en su juventud y el merecimiento de sus virtudes y trabajos a lo largo de su mocedad”. A renglón seguido nos ilustra con un ejemplo los males que puede provocar en un joven la falta de tacto de un anciano encallecido por la vida. Habiendo confesado aquél al que creía un anciano venerable el sufrimiento que le causaba el aguijón de la carne, el viejo prorrumpió en injurias, diciéndole que era un miserable, indigno de llevar el nombre de monje. La extrema desesperación del joven habría desembocado en una verdadera tragedia, si no hubiera intervenido el abad Apolo, que lo consoló y por medio de la oración logró trasladar las tentaciones del muchacho al viejo, castigado así con terribles delirios carnales<sup>72</sup>. En el mismo lugar Casiano no ahorra expresiones para condenar “engañosas canicies” y “dolosos longevidades”. También el abad Sisoos dictamina que por el hecho de ser anciano no se está exento de los vicios y tentaciones: “Un hermano le preguntó: ‘¿Acaso Satán persigue de la misma manera a los ancianos?’”. El anciano le contestó: ‘Los persigue más actualmente, porque su tiempo se aproxima y está turbado’”<sup>73</sup>.

La *cólera*, mal de los ancianos que sufren de arteriosclerosis, parece no haber faltado tampoco entre los varones venerables del desierto. Notable es el caso, relatado entre los apotegmas del abad Gelasios, de un ecónomo que en un acceso de cólera mató a puntapiés a un jovencuelo que se había comido un pescado preparado para otros. El caso dio motivo para bastantes complicaciones entre los ancianos<sup>74</sup>.

El tercer mal endémico en la vejez es desgraciadamente la tristeza del bien ajeno, es decir, la *envidia*. Los éxitos espirituales de los más jóvenes, la confianza que deposita en ellos el superior o los cargos que alcanzan en temprana edad pueden provocar en las filas de los *seniores* ciertas exasperaciones malignas, que se exteriorizan por significativos encogimientos de hombros, despechadas murmuraciones y aceradas observaciones.

Cuando el bienaventurado Román por la santidad de su vida comenzó a atraer muchas vocaciones a su monasterio de Condat, “el Enemigo del nombre cristiano, con el pretexto de darle un consejo le lanzó el dardo de su antigua envidia. Persuadió a uno de los ancianos, que ardía de recelo, a que le dijera lo siguiente: ‘Hace tiempo, santo abad, estoy meditando sugerir a

---

<sup>70</sup> HL 1.

<sup>71</sup> G Poimén 108; Cf. HL 2.

<sup>72</sup> Conf. II, 13.

<sup>73</sup> G Sisoos 11.

<sup>74</sup> G Gelasios 3.

tu caridad ciertas cosas saludables que tienen que ver con tu salvación y con tu manera de gobernar y ya que la ocasión nos permite una entrevista particular, permíteme por favor abrirte mis pensamientos saludables que desde mucho tiempo llevo encerrados en mi corazón'. Como se trataba de un anciano -menos por la santidad de vida que simplemente por su avanzada edad, que le inspiraba vanas pretensiones- el abad le dio permiso de aconsejarlo. 'Me siento apenado, querido padre, dijo el senior, de ver como tú te alegras cada día sin razón del número enorme de conversiones y que admities en masa a la vida cenobítica a jóvenes y viejos, honestos y deshonestos, en vez de seleccionar y separar inteligentemente a una élite de monjes probados y de eliminar de la grey, como seres degenerados e indignos, a todo el resto'. En seguida el atormentado anciano sugirió a su abad un recorrido de todo el monasterio para efectuar ese examen discriminatorio". El abad Román le responde con un discurso que ocupa cuatro páginas en la edición de *Sources chrétiennes* de la "Vida de los Padres del Jura". El anciano felizmente se convirtió<sup>75</sup>.

También en el monasterio de Pacomio se produjeron parecidas exasperaciones de personas mayores con ocasión de una conferencia espiritual confiada por el santo abad al joven Teodoro (los ancianos abandonaron la sala de la reunión), y a raíz del nombramiento de Orsio como abad de Chenoboskion (los ancianos opinaron que era un novicio imberbe para tal cargo)<sup>76</sup>.

Cuando murió el joven Dositeo y su abad lo despidió diciendo: "Ocupa tu lugar cerca de la Santa Trinidad y reza por nosotros", hubo también reacciones muy parecidas a las del Carmelo de Lisieux pocos días antes de la muerte de Santa Teresita: "Algunos hermanos comenzaron a enojarse y dijeron: '¿Qué ha hecho éste? ¿Cuál ha sido su práctica para merecer oír esas palabras?'... Se indignaron con la respuesta enviada por el anciano a ese joven que llevaba sólo cinco años en el monasterio, porque desconocían su obra"<sup>77</sup>.

Por todos estos motivos no faltan textos que denotan un marcado escepticismo por las vocaciones tardías, como por ejemplo, la llamada "Regla común" de la España visigoda: "Suelen venir al monasterio muchos novicios ancianos y reconocemos que muchos de ellos prometen el pacto más por su forzosa debilidad que por miras religiosas... Tienen estos de por sí la manía de no dejar sus antiguos hábitos y como de antes saben muchas cosas, suelen entretenerse en vanas parlerías; y si alguna vez son corregidos por algún monje espiritual, al instante estallan en cólera y son atacados por largo tiempo del morbo de la tristeza; y no desechan totalmente el maligno rencor. *Caen con frecuencia y sin moderación* en tal vicio"<sup>78</sup>. La misma reserva en tales casos la encontramos en Crisóstomo<sup>79</sup>.

Así como un anciano que cede ante los defectos característicos de su edad es una prueba para cualquier familia, aquellos hombres que han dedicado toda una vida al servicio de Dios y de sus hermanos, verdaderos Simeones, son el don más precioso que puede anhelar una comunidad.

Entre las virtudes que se destacan entre los *seniores* del desierto hay ante todo una que constituye la plenitud de la ancianidad dentro del plan de Dios: es la capacidad, mejor dicho, el don de la *paternidad espiritual*. "Tengo en mi diócesis un *Padre* de monjes, dice el obispo de Tentyra hablando a San Atanasio de Pacomio, y, como es un hombre de Dios, deseo que lo establezcas sobre todos los monjes de mi territorio como superior y sacerdote"<sup>80</sup>. Esta paternidad de Pacomio se derivaba de su aguda conciencia de ser servidor de Dios: "Yo soy el servidor de tu Padre", explica el fundador de la vida cenobítica al joven Teodoro<sup>81</sup>. Los largos años de la vida de Pacomio previos a la recepción de sus primeros novicios son una continua

---

<sup>75</sup> PJ 27-34; cf. R 17,8.

<sup>76</sup> VP 77 y 119.

<sup>77</sup> VD 10-11.

<sup>78</sup> RE, Regla común 8.

<sup>79</sup> CI III,18.

<sup>80</sup> VP 30.

<sup>81</sup> VP 35.

preparación a esta paternidad. Ella se revela de muchas maneras, ante todo por la *capacidad de consolar*, de comunicar al hermano afligido la alegría del Espíritu Santo<sup>82</sup>: “El hombre de Dios (Pacomio) tenía cuidado de recorrer los monasterios, afianzando a los que estaban afligidos por diversas tentaciones. Y les enseñaba a vencerlas por medio del recuerdo de Dios y les daba toda clase de prescripciones útiles para el alma”<sup>83</sup>. Lo mismo se verifica en Teodoro: “El abad Teodoro fue establecido en su cargo y en todos los monasterios los hermanos se alegraron por esta noticia, sobre todo aquellos que lo conocían desde el principio como verdadero hijo del abad Pacomio y sabían que su palabra tenía gracia y poder de curación para el alma en tribulación”<sup>84</sup>.

La dignidad de médicos espirituales que la capacidad de consolar confiere a los Padres del desierto, no los dispensa sin embargo, en opinión de los mismos, de la *servicialidad*, virtud especialmente conmovedora en los ancianos. Por ello el sacramento de la diaconía fraterna que es el lavatorio de los pies ocupaba un lugar importante en la espiritualidad monástica. Según un apotegma anónimo “el lavar los pies es un oficio que de acuerdo con la costumbre lo cumplen los ancianos del monasterio”<sup>85</sup>. Sin embargo los *seniores* no se contentaban con el cumplimiento reiterado de este rito de la Última Cena, sino que lo traducían en la vida cotidiana de mil maneras: “El abad Isaac dijo una vez: Cuando era joven vivía con el abad Cronios. Jamás me ordenaba hacer un trabajo, a pesar de que era viejo y tembloroso; sino que se levantaba él mismo y me servía a mí y a todos”<sup>86</sup>. “Un anciano dijo: Nuestros Padres tenían por costumbre ir a las celdas de los hermanos más jóvenes que deseaban vivir como solitarios... Y si por casualidad encontraban alguno enfermo o tentado lo conducían a la iglesia; derramaban sobre él agua (bendita) y rezaban por el enfermo; de esa manera sanaba”<sup>87</sup>. En la Primera Vida griega de Pacomio hay un impresionante pasaje en que vemos a Pacomio como servidor de los novicios hasta en sus necesidades materiales<sup>88</sup>. El mismo recomienda esta práctica a Teodoro el Alejandrino en una admirable *didascalia* del espíritu de servicio que culmina con las palabras: “Cuida de los enfermos como de ti mismo. Practica la continencia y lleva la cruz más que ellos, porque tienes el rango de Padre. Sé el primero en respetar las reglas impuestas a los hermanos, a fin de que ellos también las respeten”<sup>89</sup>.

Por último campea entre los ancianos virtuosos una cualidad que los hace particularmente amables a los hombres y parecidos a Dios: es la *indulgencia sana, la compasión y comprensión*. “Es bueno tener indulgencia al principio con los novicios -observa Pacomio- del mismo modo que con un árbol recién plantado con el cual se extreman los cuidados y se lo riega, hasta que el novicio eche raíces por la fe”<sup>90</sup>.

Esta cualidad de afectuosa paciencia reluce también en aquel anciano que le propuso a otro que era joven: “Vivamos juntos, hermano”. Pero el muchacho respondió: “Padre, soy un pecador, no puedo vivir contigo”. “Sí, podemos”, insistió el anciano. Era éste un hombre muy casto, que no toleraba que le dijeran que un monje tenía pensamientos impuros. El joven le dijo entonces: “Déjame una semana y volveremos a hablar”. Terminada la semana, el anciano fue adonde vivía el hermano. Pero éste, deseando conocer sus disposiciones le dijo: “Padre, pequé con una mujer”. El anciano le preguntó sin inmutarse: “¿Quieres arrepentirte?” Y como el otro se lo prometiera le dijo: “Pues bien, yo cargaré entonces con la mitad de tu pecado”. El joven le respondió: “Ahora sé que podemos vivir juntos”. Y lo hicieron hasta la muerte.<sup>91</sup>

---

<sup>82</sup> Cf. M. MATTHEI, “Aflicción y consuelo en los Padres del desierto”, *Studia monastica* 5 (1963), 7-25.

<sup>83</sup> VP 83; cf. *ibid.* 132.

<sup>84</sup> VP 130.

<sup>85</sup> R X, 113.

<sup>86</sup> G Isaac, sacerdote de las Celdas, 2.

<sup>87</sup> G Anónimo 220; cf. R XVII, 21.

<sup>88</sup> VP 24.

<sup>89</sup> VP 95.

<sup>90</sup> VP 65.

<sup>91</sup> G Anónimo 215.



### ***Edad física y edad espiritual***

Debemos tomar en cuenta que los textos que hemos estudiado hacen una distinción entre la edad física y la espiritual, de modo que no todo anciano por la edad lo es también por la virtud, ni todo joven es inmaduro. Lo decisivo es, sin duda, la edad espiritual. De esta constatación se deriva la llamada “ley del más anciano”, tan enfatizada en la RB. En otras palabras, como la entrada al monasterio significa el comienzo de la edad espiritual, esta entrada es la que decide el orden en la comunidad<sup>92</sup>. El que entró antes tiene la precedencia sobre el que entró después, porque se supone que habiendo vivido más tiempo en el monasterio también tiene más experiencia espiritual. Por ello uno más joven físicamente, pero que entró antes, precede a otro de más edad, pero que entró después de él. “Al que solicita el ingreso en el monasterio y quiere habitar allí, dice Casiano,... en lo sucesivo no debe importarle su edad ni el número de sus años,... no debe desdeñarse de someterse incluso a los más jóvenes, convencido de su condición de... aprendiz en la milicia de Cristo”<sup>93</sup>.

Parecida situación encara también Basilio en sus Reglas al hacer las siguientes advertencias a un hermano más joven encargado de otro de más edad: “Un hermano encargado de instruir a uno más anciano deberá comportarse como si estuviera cumpliendo un encargo recibido de su Maestro, en el temor de incurrir en la condenación de aquel que ha dicho: ‘Maldito sea aquel que ejecuta con negligencia la obra del Señor’, y guardándose de caer, por el orgullo, bajo la ley del demonio”<sup>94</sup>.

Al abrazar la vida monástica se nace de nuevo, se arranca de cero; de manera que lo que hace que un monje sea llamado y considerado anciano es el tiempo que ha pasado en la “escuela del servicio del Señor”, es decir, su riqueza espiritual y no sus cabellos blancos, aun cuando habitualmente ambas cosas se conjuguen. Hablando del joven Silvano el abad Pacomio decía: “Por la edad, por la ascesis y por la ciencia, vosotros sois sus padres, pero por su profunda humildad y su pureza de conciencia él es grande”<sup>95</sup>. Y según Casiano lo que constituye la verdadera riqueza no son los cabellos blancos, sino el celo que se ha desplegado en la juventud y las labores que se han realizado”<sup>96</sup>. Un joven capaz de hablar sabiamente es un anciano, porque la sabiduría espiritual es la que revela la edad espiritual: “Dijo una vez el abad José que cuando un día estaban sentados con el abad Poimén, éste habló de Agatón llamándolo abad. Entonces nosotros le dijimos: ‘Si es tan joven, ¿por qué lo llamas *abad*?’. Y Poimén respondió: ‘Porque su boca hace que lo llamemos *abad*’”<sup>97</sup>. Estos ejemplos nos enseñan a relativizar los términos de “joven” y “viejo” y a valorar el tiempo que un hombre ha pasado en el cenobio como un índice de su posible edad espiritual.

### ***Conflicto entre las generaciones y ruptura de la tradición***

Los textos monásticos, como vemos, no otorgan ningún privilegio ni predilección a edad alguna; pero son unánimes sobre el resultado desastroso que se produce cuando jóvenes y ancianos se encierran en sí mismos, dejan de cultivar sus valores y virtudes peculiares y permiten que prevalezcan en cambio sus defectos típicos, achacándolos por supuesto a la parte contraria.

A veces parece que la responsabilidad del conflicto generacional se atribuye a los ancianos, particularmente por su ya estudiada propensión al celo y a la envidia. Uno de los casos más

---

<sup>92</sup> Por ejemplo: 63,1 y 4; 62,5 y 2,19.

<sup>93</sup> Inst. II,3.

<sup>94</sup> R. Bas. PR 169.

<sup>95</sup> VP 105; cf. G. Abad Roma 2.

<sup>96</sup> Conf. II,13.

<sup>97</sup> G Poimén 61.

representativos de este tipo de enfrentamiento ocurrió en la Tebaida pacomiana: “En esos días Pacomio llamó a Teodoro y le dijo: ‘Cuando, los hermanos abandonen el refectorio esta tarde, encárgale tu servicio a algún otro, y ven al lugar donde estemos reunidos para la catequesis del domingo’. Después, cuando Teodoro llegó a la catequesis, Pacomio le dijo: ‘Colócate en medio de los hermanos y dirígenos la palabra del Señor’. Era el lugar en que Pacomio mismo acostumbraba hablar a la comunidad. Obedeciendo esta orden Teodoro, en contra de su deseo, se puso en pie y comenzó a enseñar según lo que el Señor le inspiraba. Todos estaban sentados, incluido el abad Pacomio, que escuchaba como si fuera uno de los hermanos. Sin embargo, algunos de los monjes de más edad se irritaron movidos por el orgullo y se fueron a sus habitaciones para no oírlo; porque en cuanto a la edad humana, el orador era más joven”. Pacomio no se dio por enterado durante la conferencia, pero una vez terminada esta, tomó la palabra y se refirió al caso con severas reflexiones, diciendo que los que habían abandonado la sala en esas circunstancias “se hacían ellos mismos extraños” a las misericordias de Dios. “Si no se arrepienten de ese acceso de orgullo les será difícil alcanzar la Vida”<sup>98</sup>.

Igualmente culpables son los ancianos en el caso de otros defectos: “Un anciano tenía un discípulo probado en la virtud. Un día en que estaba de mal humor, lo puso en la puerta”<sup>99</sup>. Otro anciano tenía a mal traer a su novicio por causa de su propia afición al vino<sup>100</sup>. Uno que habitaba cerca de Alejandría, en las celdas llamadas “eremíticas”, llevó literalmente al martirio a su joven dirigido, porque “era extremadamente arbitrario y desprovisto de paciencia. Lo insultaba como a un perro todos los días..., le escupía en la cara y casi cotidianamente lo ponía en la puerta”<sup>101</sup>. En todos estos dramas del yermo, el conflicto no llegaba hasta sus últimas consecuencias merced a la paciencia angélica de los jóvenes.

Pero no siempre los jóvenes eran tan angélicos. Nuestras fuentes no ignoran muchos casos en que la contienda nacía en el sector juvenil: “Un anciano tenía por compañero a un muchacho. Viéndolo hacer una acción mala el anciano le dijo una sola vez: ‘No hagas eso’. Pero el joven no le obedeció. El anciano no se preocupó por la cosa y no se erigió en juez de la falta. Sin embargo, el muchacho cerró con llave la puerta de la despensa y dejó al anciano sin comer por tres días. Ni siquiera entonces le dijo éste: ‘¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo afuera?’”. Un vecino se percató del silencioso conflicto y le preguntó: “¿Qué pasa con tu joven hermano que tarda tanto?”. A lo que el anciano respondió con un gesto que podemos imaginar entre magnánimo y resignado: “Volverá cuando tenga ganas”<sup>102</sup>. El abad Poimén por su parte tenía un hermano más joven que con sus impertinencias “lo afligía y paralizaba”, expresión muy gráfica para indicar el impedimento que puede significar para una comunidad la existencia de jóvenes inquietos y desfachatados<sup>103</sup>.

También entre las vírgenes consagradas se suelen dar ciertos choques, aunque no siempre en circunstancias tan truculentas como el que narra la *Historia Lausíaca*, en que una novicia difamada injustamente se echó al río y se ahogó; por lo cual la delatora, tomando una soga, se ahorcó<sup>104</sup>. Afortunadamente tales melodramas no eran habituales entre las monjas antiguas.

Las decepciones sufridas por los ancianos de parte de la generación joven dio lugar a más de una reflexión pesimista sobre el futuro del monacato, como la de aquel anciano que observaba con un suspiro: “Los profetas escribieron libros; nuestros Padres que vinieron después de ellos estudiaron mucho esos escritos; en seguida los sucesores los aprendieron de memoria. Por fin vino esta generación que existe actualmente; ella ha escrito toda la sabiduría sobre papeles y

---

<sup>98</sup> VP 77; cf. *ibid.* 119.

<sup>99</sup> R XVI, 17.

<sup>100</sup> R XVI, 18.

<sup>101</sup> NR, N 551.

<sup>102</sup> R XVI, 15.

<sup>103</sup> G Poimén 199. El texto griego se sirve de los términos *thlibein* y *paralyein* (PG 65,365B).

<sup>104</sup> HL 23.

pergaminos y la ha dejado sin uso en las bibliotecas”<sup>105</sup>. El abad Poimén, por su parte, constata con desencanto: “Después de la tercera generación de Scetis y abba Moisés, los hermanos no hacen más progresos”<sup>106</sup>. No menos fatalista es la sentencia de un monje anónimo: “La generación presente no se preocupa por el hoy, sino por el mañana”<sup>107</sup>, con lo cual queda poner de relieve la ausencia de espíritu evangélico en los jóvenes. En el grupo de ancianos que un día estaba reunido con el abad Ischirion, “haciendo predicciones a propósito de las futuras generaciones”, el balance naturalmente resultó favorable para los veteranos de la ascesis: “Nosotros hemos cumplido los mandamientos de Dios”. Surgió la pregunta sobre cómo se habrían de comportar los que venían después de ellos. La sentencia fue unánime: “Pues, tratarán de llegar a la mitad de nuestras obras”. En cuanto a los nietos y bisnietos monásticos Ischirion opinaba: “Los hombres de esa generación no se esforzarán en absoluto y serán presa de las tentaciones, pero los que sean aprobados en ese tiempo (calamitoso) serán considerados más grandes que nosotros y nuestros Padres”<sup>108</sup>.

La comicidad contenida en tantos de los conflictos que hemos narrado no debe engañarnos sobre el alcance de estos choques. Para el que mira de lejos, como les ocurrió a los redactores de los apotegmas y nos ocurre a nosotros, toda guerra puede parecer una historia de *Liliput*, sin contar con que en comparación con la majestad de Dios todo pecado tiene algo de pequeño y ridículo. Pero finalmente desembocamos en un hecho todavía más grave: que el desentendimiento dentro de un monasterio entre *seniores* y *juniores* puede producir la interrupción de ese flujo de vida que es la tradición espiritual. El tesoro adquirido por unos a través de una larga vida de adoración y servicio, por culpa de este conflicto permanece estéril e irremisiblemente perdido para los otros. Los mayores comienzan a sentir complejos de solterones y los jóvenes se sienten huérfanos. Pacomio es el que más viva conciencia tuvo de esta tragedia. En un raptó de oración, como le solía sobrevenir mientras trabajaba, vislumbró las destrucciones futuras y los sufrimientos de las generaciones venideras por culpa de aquella discontinuidad espiritual que ya señalamos. El impacto de esta visión debe haber sido muy grande, pues cuando el abad la reveló a la comunidad “todos lloraban, presa de un gran temor. ‘Tengo conciencia -dijo Pacomio finalmente- de que después de mi muerte la suerte de los hermanos será terrible, si no encuentran a alguien que los pueda consolar en el Señor como es necesario, y arrancarlos de sus tribulaciones”<sup>109</sup>. Según esto el mal del conflicto y de la ruptura fraterna sólo se podría subsanar por la presencia activa de padres espirituales.

También el discípulo de Pacomio, Teodoro, se afligía por el hecho de que “muchos monjes (de las nuevas generaciones) comenzaban a alejarse de los hermanos ancianos en cuanto a su manera de vivir”. Esta desolación lo hacía ayunar, velar, rezar y visitar a menudo en la noche silenciosamente las tumbas de los hermanos. También iba al sepulcro de Pacomio, rezando para que el abismo entre el ayer y el mañana no se abriera aún más<sup>110</sup>.

Del mismo tenor es la consideración de un anciano anónimo: “Cuando recuerdo a los hermanos de aquel tiempo que seguían al Señor, veo que tenían un espíritu ferviente y que la palabra del Señor estaba en su boca. Pero hoy, cuando pienso en la tibieza de los hermanos y en las palabras extrañas (a su estado) que profieren, me siento como un hombre exiliado en un país extranjero, donde él no se reconoce”<sup>111</sup>.

Este sufrimiento de los Padres más lúcidos de la Tebaida revela la magnitud del problema intergeneracional oculto detrás de pequeñas rencillas -o que nos parecen tales-, y la extrema dificultad de mantener la complementación de jóvenes y viejos, que es la *conditio sine qua non*

---

<sup>105</sup> R X, 114.

<sup>106</sup> G Poimén 174.

<sup>107</sup> G Anónimo 31.

<sup>108</sup> G Ischirion 1.

<sup>109</sup> VP 71.

<sup>110</sup> VP 146.

<sup>111</sup> NR, Eth. Coll. 13,16.

de una tradición viva.

### ***La santa koinonía de jóvenes y ancianos***

Si el conflicto generacional se produce ante todo cuando predominan los defectos típicos de cada edad, se edifica por el contrario la fraternidad amena y constante entre viejos y jóvenes cuando ambos logran desarrollar las virtudes propias, en otras palabras, cuando cada uno es fiel a la edad que el Espíritu le asigna en el plan de Dios. De ahí la fundamental importancia que siempre ha tenido para el monacato la doctrina de los vicios y las virtudes<sup>112</sup>. Los testimonios de una cordial convivencia entre los hermanos de muy diferente edad y la práctica de la reconciliación para superar las tensiones inevitables, son numerosos en la literatura monástica antigua y trasuntan un encanto irresistible.

Casiano, después de haber criticado en un largo pasaje a aquellos ancianos “cuyas canas sirven al enemigo para engañar a los jóvenes”, y el daño que pueden causar en la juventud, se apresura a exaltar en lo que sigue las ventajas de la convivencia de las dos edades, incluso cuando ocurren ciertas fallas y para ilustrarlo recurre nada menos que al ejemplo de Samuel y el sacerdote Helí: Dios quiso que el joven profeta, “a quien había llamado para vivir en su intimidad, fuera formado por un hombre que le había ofendido, por la única razón de ser éste un anciano... La vocación de Samuel se la reservó Dios para sí; su formación, en cambio, quiso confiarla al sacerdote Helí”<sup>113</sup>.

Pero es el Padre de los anacoretas, san Antonio abad, tan feliz en su manera de tratar con la gente joven, el primero en reconocer el valor de este intercambio generacional cuando en su edad madura confiesa a sus discípulos: “Es bueno exhortarnos mutuamente en la fe y animarnos por medio de *intercambios*. Vosotros como hijos aportáis a vuestro Padre lo que sabéis y yo, vuestro hermano mayor, os entrego lo que la experiencia me ha enseñado”<sup>114</sup>. Podemos decir que con esta declaración quedaba instituido el diálogo en los monasterios.

Este diálogo no se realiza sólo por palabras y reuniones -ampliamente atestiguadas tanto en la *Vida* de san Antonio como en la de san Pacomio- sino, en primer lugar, por la *paciencia mutua*. Ya nos hemos encontrado con aquel anciano de mal humor que había echado de la celda a su discípulo, pero ahora nos interesa la continuación de la historia: «El discípulo se quedó sentado afuera y cuando más tarde el anciano abrió la puerta lo encontró allí mismo. Entonces el vicio se postró ante él y le dijo: “Tú eres mi Padre, porque tu humildad y tu paciencia han desarmado mi mal carácter. Entra, pues ahora eres tú el anciano y el Padre y yo, el joven y el discípulo. Por tu manera de actuar has superado mi ancianidad”»<sup>115</sup>.

También podía suceder al revés: que el anciano tuviera que vérselas con un joven vicioso. Es el caso de aquel “gran anciano”, al cual un joven le robaba “todo lo que poseía”. En vez de alborotarse, el maestro hizo la magnánima reflexión: “Pienso que aquel hermano necesita esas cosas” y se puso a trabajar el doble para alimentar también al ladrón. Estando a punto de morir lo llamó, le besó las manos y le dijo: “Hermano, doy gracias a esas manos, pues a causa de ellas ahora entraré al reino de los cielos”. También en este caso la paciencia obró la conversión total del otro<sup>116</sup>.

Un hermoso, ejemplo de mutuo amor, más allá de los conflictos humanos, nos lo proporciona el abad Poimén “que vivía en Scetis con su dos hermanos; el más joven los molestaba hasta la aflicción. Por ello dijo a su otro hermano: ‘Este jovencuelo nos paraliza; levántate y partamos

---

<sup>112</sup> Cf. EP, Práctico 6-14; Inst. V-XII; IG VII; DG, Instrucciones XIV.

<sup>113</sup> Conf. II,14.

<sup>114</sup> VSA II.

<sup>115</sup> XVI,17.

<sup>116</sup> R XVI,19.

de aquí'. Y se fueron. Cuando el joven vio que tardaban en volver, comprendió que se habían ido lejos y se puso a correr velozmente detrás de ellos gritando. El abad Poimén dijo: 'Esperemos al hermano porque está afligido'. Cuando el joven los hubo alcanzado se prosternó ante ellos diciendo: '¿A dónde van Uds.? ¿Me van a dejar solo?'. El anciano le dijo: 'Nos vamos porque nos molestas demasiado'. El joven dijo: 'Sí, sí, vayamos todos juntos adonde Uds. quieran'. El anciano, reconociendo la ausencia de maldad en él, dijo a su hermano: 'Volvamos porque él no obró aquellas cosas con plena conciencia, sino que el diablo le hizo una mala jugada'. Y retornaron los tres y vivieron juntos en el mismo lugar"<sup>117</sup>.

Como último ejemplo de esta mutua paciencia edificada no sobre idílicas ensoñaciones, sino sobre sufrimientos redimidos por la virtud, volvamos al caso de aquel anciano arbitrario y desprovisto de paciencia que vivía en las celdas eremíticas, en las afueras de Alejandría. "Un joven hermano oyó hablar de él e hizo el siguiente pacto con Dios: 'Señor, por todo el mal que hice voy a habitar y perseverar con aquel anciano a fin de servirlo y de procurar su descanso'. Dios, al ver la paciencia y humildad del hermano, maltratado diariamente por el anciano, después que hubo pasado seis años con éste le mostró en sueños un personaje temible que llevaba un gran pergamino; la mitad de éste estaba cubierta de escritura, la otra estaba borrada. Y le dijo: 'Mira que el Maestro ha reducido ya tu deuda a la mitad; lucha aún por el resto'. Había otro anciano espiritual que vivía en la vecindad y que se dio cuenta de cómo el anciano se descontrolaba y atormentaba al joven en todo momento y de cómo el joven se prosternaba ante él y el viejo le negaba la reconciliación. Cada vez que el anciano espiritual encontraba al joven hermano le preguntaba: '¿Qué hay de nuevo, hijo mío? ¿Cómo pasaste el día? ¿Hemos progresado algo? ¿Hemos borrado algo del pergamino?'. El hermano, sabiendo que el anciano era un espiritual, no le escondía nada, sino que le respondía diciendo: 'Sí, Padre, he sufrido un poquito'. Si, muy de cuando en cuando, pasaba un día sin que el viejo lo hubiera insultado, escupido o echado de la celda, el joven se iba al atardecer donde el vecino y le decía gimiendo: 'Ay de mí, Padre, el día ha sido malo, no he ganado nada, sino que lo pasé en tranquilidad'. Después de otros diez años el hermano joven murió; y el anciano espiritual aseguró: 'Lo he visto, estaba con los mártires rogando con mucha confianza a Dios por su anciano y diciendo: Señor, así como te apiadaste de mí por medio de él, apiádate igualmente de él en consideración a tu misericordia y a mí, tu servidor'. Cuarenta días después Dios se llevó al viejo al lugar de la paz"<sup>118</sup>.

Como vemos en estos y otros ejemplos, si la vida monástica no está exenta de tensiones, la paz y reconciliación tienen siempre la última palabra. Y no sólo la última... En este mundo de guerras y dolorosos conflictos humanos la paz y la fuerza del evangelio pueden llevar a situaciones como la siguiente: "El joven Juan de Tebas, discípulo del abad Amoes, pasó doce años sirviendo a ese anciano mientras estuvo enfermo. Permanecía al lado de él, sentado sobre la estera". Amoes era un carácter seco y no hacía mucho caso de la diligencia del joven. Sin embargo, «llegada la hora de morir y estando rodeado de los demás ancianos, tomó la mano del joven y le dijo: "Que Dios te salve, que Dios te salve, que Dios te salve". Y lo confió a los ancianos diciendo: "Es un ángel, no un hombre"<sup>119</sup>.

La mutua consideración produce un circuito de vida cuyo beneficio sienten no sólo los directamente afectados, sino también los vecinos. Esto es particularmente notorio en el *servicio de los enfermos*, pues allí se establecía más vigorosamente la reciprocidad: a la servicialidad del joven respondía la benevolencia y bendición del anciano. Así sucedió en el caso de un anciano de Scetis que cayó enfermo y de repente sintió antojos de comer pan fresco. Un hermano joven, "que era buen corredor", decidió alegrar al enfermo cumpliéndole sus deseos. Corriendo fue a buscar el anhelado pan a la ciudad. "Los ancianos del vecindario quedaron maravillados a la vista de los panes frescos y de la solicitud del joven", pero el enfermo sintió delicados

---

<sup>117</sup> G Poimén 199.

<sup>118</sup> NR, N 551.

<sup>119</sup> G Juan el Tebano 1.

escrúpulos y, dramatizando un poco la situación, se negó a comer el pan con el argumento de que “era la sangre de su hermano”. Pero los ancianos vecinos insistieron en que por amor de Dios comiera ese pan, lo que finalmente hizo, para felicidad de los circunstantes y recompensa del joven servicial<sup>120</sup>.

La camaradería sobrenatural se establece también cuando ambos, el anciano y el joven, interpretan los *signos de Dios*. Después de que Pacomio recibiera en Tabennis la vocación de construir y organizar un gran monasterio, retornó a su Padre Palamón y le contó el acontecimiento. “Este se puso triste (ante la perspectiva de la separación), pues lo miraba como a su hijo verdadero; Pacomio, por su parte, trataba de persuadirlo. Por fin los dos fueron al lugar (de la revelación). Habiendo construido una choza, es decir un pequeño eremitorio, el santo anciano le dijo: ‘Creo que esa orden te viene de Dios. Pongámonos de acuerdo, entonces, para no vivir separados el uno del otro en el futuro, para visitarnos mutuamente, tú una vez y yo otra vez’. Y es así como lo hicieron mientras vivió el verdadero atleta de Cristo, Palamón”<sup>121</sup>.

La misma connaturalidad, basada en una común *sensibilidad espiritual*, la encontramos en el abad Moisés y su joven hermano Zacarías. Entre ellos tuvo lugar cierta vez el siguiente diálogo: «El abad Moisés dijo al hermano Zacarías: “Dime lo que debo hacer”. Al escuchar esas palabras el otro se arrojó a sus pies diciendo: “Padre, ¿eres tú el que me interrogas?”. El anciano replicó: “Créeme, hijo mío, Zacarías, he visto al Espíritu Santo descender sobre ti; es eso lo que me obliga a hacerte esa pregunta”. Entonces Zacarías se sacó su capuchón y lo pisoteó diciendo: “Si uno no es pisoteado así, no puede ser monje”»<sup>122</sup>.

También en las monjas de Egipto tenemos un testimonio de la relación “simpática”, en el verdadero sentido de la palabra, entre una abadesa (*Amma*) llamada Talis y sus discípulas. Es en la ciudad de Antinoe donde aquella madre espiritual “llevaba ochenta años de ascetismo”. Pero más que aquel récord admira Paladio el hecho de que las sesenta monjas que vivían bajo su maternal dirección “la amaban de tal suerte que no se cerraba el monasterio con llave, como ocurría con otros cenobios, guardadas como estaban por el amor de Talis”<sup>123</sup>.

La experiencia vivida de esta armonía produjo en la literatura monástica antigua verdaderos directorios sobre las relaciones mutuas entre ancianos y jóvenes, como lo es el capítulo 63 de la RB, que nos ha inspirado el presente trabajo. La Regla de Pablo y Esteban presenta la siguiente *didascalía* sobre el tema, que no es solamente un planteo teórico, sino que también refleja un cierto cuadro de vida: “Que los más ancianos traten a los más jóvenes con afecto paternal y cuando hubiere necesidad de ordenar algo no lo hagan con excitada animosidad y gritos clamorosos, sino que ordenen las cosas necesarias para la utilidad común confiadamente, con la tranquila simplicidad y la autoridad que confiere una vida virtuosa, Que los más jóvenes obedezcan a los más ancianos con sincera sujeción y no respondan con rabia cualquier cosa, ni nieguen con ánimo desdeñoso y oído negligente al que manda, sino que unánimes y concordes se apresuren en la realización tanto de la obra espiritual como del trabajo de la tierra”<sup>124</sup>.

Para producir este vivificante intercambio, la iniciativa debe partir de los mayores; en eso concuerdan todas nuestras fuentes. No es en primer lugar la veneración de los mayores por parte de los jóvenes lo que provoca la benevolencia y caridad de los ancianos, sino que al revés: *en la medida, en que los mayores den ejemplo de vida y doctrina santas, los jóvenes se sentirán estimulados a responder con su entrega y devoción*. Si Juan el Bautista, según Lc 1,17, como nuevo Elías convertirá el corazón de los padres hacia sus hijos, en el profeta Malaquías se puede leer que también el corazón de los hijos se volverá hacia sus padres (Ml 4,6). La veneración (de los jóvenes) es un reflejo de la caridad (de los padres), no al revés. Es así como la literatura

---

<sup>120</sup> R XVII,17.

<sup>121</sup> VP 12.

<sup>122</sup> R XV,17.

<sup>123</sup> HL 59.

<sup>124</sup> RPS II y III.

monástica antigua no está tan llena de quejas sobre las fallas de la juventud de su tiempo, como sobre la ausencia de santidad, ejemplo y doctrina entre los ancianos. El *iuniores diligere* debe preceder para que se pueda dar el *seniores venerare*. Es en ese orden ideal que vamos a tratar los respectivos temas.

### “*Iuniores diligere*”

La raíz de todo aprecio por los jóvenes está en la *paternidad*. En la medida en que los *seniores* sean hombres maduros (y no niños grandes, como dice Casiano), es decir, verdaderos padres, podrán también volcar sobre los más jóvenes un afecto puro. Significativamente es la *Vita Pachomii* la que insiste más sobre la idea de esta paternidad unida a la capacidad de amistad. Pacomio era el “padre de los monjes” por antonomasia, pero al mismo tiempo el gran e inolvidable amigo de sus discípulos<sup>125</sup>. Según el gran abad tebano uno llegaba a ser padre de otros “por la edad, la ascesis y el conocimiento (de Dios)”<sup>126</sup>, pero todo esto es don y prolongación de la paternidad de Dios: “Jamás pensé que yo era el padre de los hermanos, pues sólo Dios es Padre”, afirmaba él en la misma ocasión.

De la lectura de nuestras fuentes nos ha parecido que ese amor a los jóvenes que brota de la paternidad del hombre maduro se expresa principalmente en cuatro puntos: la dedicación a la formación de los jóvenes, la actitud de servicio, el aprecio de valores y el hecho de dar confianza y responsabilidad.

El primer cauce natural de la paternidad se encuentra, pues, en las tareas de *dirección espiritual* o iniciación a la vida monástica de los jóvenes. “La primera solicitud del anciano y la materia principal de sus enseñanzas -puesto que se trata de introducir al novicio por la senda que conduce a las más elevadas cumbres de perfección- será la de que aprenda a vencer su voluntad”, observa Casiano en el libro IV (8-9) de las Instituciones, donde describe el noviciado<sup>127</sup>. El *senior* encargado del novicio no sólo debe amarlo dándole enseñanza, sino compartiendo también con él su vida y su esfuerzo ascético. Cuando Pacomio entrega el joven Silvano al cuidado del venerable Psénamon le dice: “Por amor de Dios, encárgate de este joven y comparte con él todas las pruebas hasta que esté a salvo”<sup>128</sup>.

Tal amor no excluye las *pruebas y severas reprimendas*: “El abad Isaías decía: ‘Nada más útil al que comienza la vida monástica que la injuria. El joven que soporta la injuria es como un árbol regado cada día’”<sup>129</sup>. La misma *Regla* de san Agustín, de espíritu tan amplio y bondadoso, no desconoce sin embargo el rigor en este punto: “Si en las reprimendas que hay que dirigir a los hermanos más jóvenes por las exigencias de la disciplina algunas veces os veis obligados a hablarles fuerte, incluso cuando tengáis conciencia de haber excedido la medida no se os exige que les pidáis perdón, no ser que entre los que están obligados a la sumisión un exceso de humildad enerve la autoridad de la dirección (espiritual). Pero, no obstante, pedid perdón al Maestro de todos, que sabe con qué benevolente afecto rodeáis incluso a aquellos a quienes reprendéis quizás excesivamente. No se trata entre vosotros de afectos carnales, sino de dilección espiritual”<sup>130</sup>. No podía haber hablado más clara y precisamente el doctor de Hipona. Tan imprescindible es la reprimenda como ejercicio del amor fraterno que Pacomio no vacila en dejarse corregir por más jóvenes, para darles así un ejemplo vivo<sup>131</sup>. La austera enseñanza del Padre espiritual impregna de este modo para siempre el alma del joven discípulo, preparándolo para que en su tiempo a su vez llegue a ser un padre espiritual: “Como en el caso de la púrpura,

---

<sup>125</sup> Cf. VP 30 y 35.

<sup>126</sup> VP 105.

<sup>127</sup> Inst. IV,8-9.

<sup>128</sup> VP 104; Cf. G Anónimo 215.

<sup>129</sup> G Isaías 1.

<sup>130</sup> RA V,5.

<sup>131</sup> VP 66 y 86

la primera tintura no pasa jamás”, opinaba el abad Isaías sobre las enseñanzas y experiencias del noviciado<sup>132</sup>.

Nada tenía que ver, pues, con el sentimentalismo o con efusiones afectivas la práctica de la caridad en las tareas de formación espiritual de los más jóvenes, como lo hace notar en una sentencia famosa Isidoro, el sacerdote del desierto: “Es necesario que los jóvenes discípulos amen como a padres a los que son verdaderamente sus maestros y los teman como a sus superiores y que no pierdan el temor a causa del amor, ni obscurezcan el amor a causa del temor”<sup>133</sup>.

El segundo cauce a través del cual fluye la caridad de los mayores hacia los más jóvenes son los *servicios fraternos*, que los superiores no rehuyen, pues la nobleza evangélica también obliga. Como siempre, es Pacomio en quien más notamos este espíritu de deferente diaconía hacia los hermanos, incluso menores. Habiendo sido bendecida su obediencia al encargo de Dios con la llegada de muchos novicios, “era él quien preparaba la mesa a la hora de las comidas, él sembraba las legumbres y las regaba, él respondía cuando alguien golpeaba a la puerta y si alguno de los hermanos estaba enfermo él personalmente se preocupaba de él y lo asistía de noche”. El biógrafo de Pacomio observa que esta situación algo insólita se produjo porque “los hermanos novicios no habían alcanzado aún la disposición de hacerse servidores los unos de los otros”. De aquí podemos deducir que Pacomio no veía otra manera de inculcarles esa evangélica disposición que dando él mismo el ejemplo. Pero, además, el Padre de los cenobitas da otra razón, reveladora de su amor paternal hacia los jóvenes: “El objeto de vuestra vocación, hermanos -les dice- debe ser el fin de vuestro trabajo: aprender de memoria los salmos, meditar en vuestro corazón las otras partes de la Biblia, ante todo del evangelio. Yo en cambio, al hacerme esclavo de Dios y vuestro, según la orden de Dios, encuentro mi descanso”<sup>134</sup>. La caridad fraterna estaba en Pacomio tan encarnada en el espíritu de servicio que, siendo su lengua habitual el copto, llegó a estudiar griego “con ardor”, como dice su Vida, “a fin de poder animar a menudo” al joven Teodoro, el Alejandrino<sup>135</sup>. No es difícil encontrar muchos otros ejemplos de este tipo entre los dirigentes del monacato antiguo.

No hay caridad verdadera sin *aprecio de los valores del hermano*. También en este sentido los abades antiguos supieron demostrar que la tenían. Así el anciano a quien había acudido el abad Pastor en su mocedad para consultarle tres problemas -había olvidado uno, pero después, acordándose de él en su casa, había rehecho el largo camino hasta la celda del anciano para replantearle todo- le dijo lleno de afecto, viendo el celo del joven Pastor por solucionar las cosas en regla: “Sí, tú eres un verdadero pastor de la grey y tu nombre será pronunciado en toda la tierra de Egipto”<sup>136</sup>.

Esta disposición para reconocer los valores del más joven, fomentando así su afán de santidad, la demostró también el anciano Serapión (Carión, según otros), al constatar que había hecho por cierto más ascesis corporal que su discípulo Zacarías, pero que no había alcanzado la medida de su humildad y su silencio<sup>137</sup>. También Macario el Egipcio tuvo una experiencia parecida con dos jovencuelos que al principio había mirado por encima del hombro, porque le parecían “delicados y formados entre riquezas” y de los cuales sólo uno tenía barba, mientras que el otro “quería tenerla”. En una larga historia Macario narra su conversión, causada por el luminoso ejemplo de santidad que aquellos jóvenes le daban. Muertos más tarde los dos, solía llevar a sus visitantes a la celda de los desaparecidos para declarar: “Venid a ver el santuario (*martyrion*) de estos jóvenes extranjeros”<sup>138</sup>.

---

<sup>132</sup> G Isaías 2.

<sup>133</sup> G Isidoro 5

<sup>134</sup> VP 24.

<sup>135</sup> VP 95.

<sup>136</sup> G Poimén 1; R XI,19.

<sup>137</sup> G Carión 1; cf. R XV,16.

<sup>138</sup> G Macario el Egipcio 33; cf. R XX,2.



En otra parte vemos que Pacomio “se preocupaba de la vida de los novicios en todo sentido y que se alegraba cuando los jóvenes progresaban en la virtud y crecían en la fe”. El calor de aquel aprecio paternal hacía que ellos “se emularan mutuamente en hacer el bien”<sup>139</sup>. Frente a la excesiva dureza de Teodoro con su hermano carnal Pafnucio, Pacomio le da un consejo típico de su corazón jovial: Hay que respetar y apreciar al novicio igual que a un árbol recién plantado<sup>140</sup>.

Como cuarto aspecto del *Iuniores diligere* hemos señalado la magnanimidad paterna que impulsa a *dar confianza* al hijo, a *compartir responsabilidades* con él. Pacomio no ignoraba que esta disposición, al mismo tiempo que exteriorizaba el aprecio por el joven, fomentaba en él el sentido de responsabilidad. Cuando su discípulo Teodoro tenía sólo treinta años de edad lo nombró superior nada menos que de Tabennis, su primera fundación, retirándose él mismo a Pabau, un monasterio secundario. El biógrafo de Pacomio observa expresamente que éste había tomado tal medida “habiendo reconocido (en Teodoro) las cualidades espirituales requeridas”. El novel abad reacciona con idéntica magnanimidad, ya que la confianza depositada en él lo comprometía más con su padre: “Promovido a ese rango, se comportaba como no promovido. La palabra de Dios le había hecho pasar por el fuego y fortalecido en vista a la meditación de las cosas celestiales. Puso todo su celo en amar a Dios de todo corazón, según su mandamiento. Y progresando él mismo, edificaba a los hermanos, porque su palabra también estaba llena de gracia”<sup>141</sup>.

Igual generosidad tuvo Pacomio con Orsisio, al que estableció como superior en el monasterio de Chenoboskion, su segunda fundación, a pesar de que inmediatamente se había levantado el murmullo de que era un “novicio” para tal dignidad. No hace falta explicitar que tales críticas provenían de las filas de los *seniores*. Pacomio, en todo caso, les responde con fina ironía: “No hay que creer que el reino de los cielos pertenece solamente a los ancianos”, y prosigue con seriedad: “Un hermano, por más que sea anciano, si murmura contra otro hermano no es anciano, más aún: ni siquiera ha echado los fundamentos de la vida monástica. Dios no pide otra cosa al hombre que la adoración y la caridad; ahora bien, la caridad no hace daño al prójimo. Yo os digo: con los progresos que ha hecho Orsisio es una lámpara de oro en la casa del Señor y se aplicará a él la palabra de la Escritura: ‘Os desposé con un solo Esposo, para presentaros como virgen pura ante el Señor’ (2 Co 11,2)”. Esta profunda confianza, depositada por el mayor en el menor, hizo que “el abad Orsisio en medio de los hermanos tratara de imitar la vida del abad Pacomio”<sup>142</sup>.

Toda esta riqueza de relaciones interpersonales presupone naturalmente personalidades maduras, de equilibrada afectividad. Sabiendo esto, los monjes antiguos eran muy sensibles al peligro de un posible desequilibrio afectivo, más aún de afectos no sanos en las relaciones entre *seniores* y *juniores*. Había una regla sobre la que se insistía mucho: *la inconveniencia de la presencia en el monasterio de niños de edad inmadura*. Contra los imberbes los Padres del desierto tenían una verdadera prevención. Conocida es la incapacidad de los adolescentes para soportar largo tiempo realidades tales como el silencio, la meditación y la disciplina monástica en general, pues esta es una disciplina para adultos. Su presencia, especialmente cuando son varios, puede echar a perder la atmósfera y la vida de todo un monasterio. El daño sube de punto cuando alguno de los “ancianos”, por una afectividad que no es necesariamente anormal, pero que de todos modos desvaría, se erige en protector de algunos de estos jovencitos inquietantes. Las advertencias de nuestros textos en este sentido se repiten con insistencia: “los caras de mujer” no son aptos para una vida monástica seria<sup>143</sup>. Casi nunca se indica el motivo

---

<sup>139</sup> VP 28.

<sup>140</sup> Cf. VP 65.

<sup>141</sup> VP 78.

<sup>142</sup> VP 119. Responde a la misma actitud de Pacomio la reiterada exhortación de la RB, a tomar en cuenta la opinión de los jóvenes: RB 3,3; 63,5; 64,2.

<sup>143</sup> Cf. G Eudemon 1.

preciso de tal repugnancia, pero nosotros podríamos arriesgar algunas explicaciones:

a) Los niños crean un clima de jarana y bullicio: “Si alguno de los hermanos es sorprendido riendo o jugando *en demasía* con los niños -dice una regla de Pacomio- si tiene amistades con los más jóvenes, será advertido tres veces para que rompa esos lazos y recuerde la disciplina monástica y el temor de Dios. Si no se enmienda, se lo corregirá como lo merece, con el castigo más severo”<sup>144</sup>.

b) Los niños, al exigir atención, cuidado y vigilancia, distraen al monje de sus tareas específicas y de este modo pueden convertirse en un obstáculo para su progreso espiritual<sup>145</sup>. Por eso es muy perentoria la sentencia: “Los padres decían que no era Dios el que conducía a los niños al desierto, sino Satanás, para arruinar a los que quieren vivir piadosamente”<sup>146</sup>.

c) Los niños pueden provocar disturbios en las comunidades convirtiéndose, sin darse cuenta, en la causa de muchos desastres comunitarios. El abad Isaac opinaba que “cuatro comunidades de Sctetis habían quedado desiertas por culpa de los niños”<sup>147</sup>.

d) La frecuente mención de los niños y adolescentes en relación con el tema del diablo sugiere quizás peligros más graves (pederastia). Así lo declara un apotegma: “Los ancianos decían: ‘Más que las mujeres, los niños son entre los monjes las armas del diablo’”<sup>148</sup>. Otro dicho afirma: “Ahí donde hay vino y niños no hay necesidad de Satanás”<sup>149</sup>. En forma más gráfica y mordaz se expresa otro apotegma: “Los ancianos contaban que un día el diablo fue a golpear a la puerta de un cenobio. Salió un niño para atenderlo. Viéndolo el demonio dijo: ‘Ya que tú estás aquí, yo estoy demás’”<sup>150</sup>.

Frente a estos textos, a primera vista tan negativos y chocantes para nuestra mentalidad, habría que hacer tres aclaraciones: 1. La palabra *paidion* con que el original griego designa a los niños, abarca también a los adolescentes. Su presencia podría atraer hacia ellos y su problemática la afectividad exagerada de los ancianos, incapacitándolos para establecer un nexo fructífero con los discípulos maduros que son los *iuniores*. Esto es lo que el abad Abraham llama una “lucha superflua”<sup>151</sup>. 2. La prevención de los Padres del desierto contra los niños no significa que ellos ignorasen la doctrina evangélica de la infancia espiritual, todo lo contrario<sup>152</sup>. 3. Tanto Pacomio, como el Maestro, como Benito y otros autores de reglas monásticas admiten la presencia de niños en el monasterio; pero crean para ellos un régimen y una disciplina especiales que sirven para paliar los inconvenientes que los anacoretas veían en los niños claustrales<sup>153</sup>.

### “Seniores venerare”

Lo que de inmediato nos viene a la mente al escuchar el precepto de “venerar a los ancianos”, son ciertas señales de *deferencia*, que en todas las culturas los más jóvenes tributan a los hombres y mujeres mayores. En la RB es el capítulo 63,10-17 el que encarna esta actitud bajo el lema general de *Rm* 12,10: “Preveníós con honores los unos a los otros”<sup>154</sup>. Pero también Isaías de Gaza, tan parecido a San Benito en materia de cortesía monástica, tiene numerosos preceptos

<sup>144</sup> R Pac, PJ 7 (166); Cf. NR, N 543.

<sup>145</sup> Cf. G Carión 3.

<sup>146</sup> NR, N 458.

<sup>147</sup> G Isaac sacerdote 5; Cf. NR, N 542.

<sup>148</sup> NR, N 544.

<sup>149</sup> NR, N 545.

<sup>150</sup> NR, N 457; Cf. NR, N 456.

<sup>151</sup> Cf. NR, N 456.

<sup>152</sup> IG XXV,4-5 y 7.

<sup>153</sup> Cf. el clarísimo pasaje de RB 63,18-19.

<sup>154</sup> Cf. RB 72,4.

sobre la manera concreta de honrar a los ancianos.

Sin embargo, sería un error circunscribir el alcance del precepto de venerar a los mayores al mero ámbito de la cortesía. Al igual que el precepto del amor a los jóvenes, el de la veneración a los ancianos tiene diferentes cauces de expresión.

Los monjes antiguos incluían en la veneración el *deseo de imitación* de las virtudes que se ven en los ancianos. Tomar a alguien como ejemplo vivo es una manera muy profunda de respetarlo. Cuando el joven Antonio comienza su carrera ascética, se inspira ante todo en el modelo viviente de los ancianos: “Vivía en la aldea vecina un anciano que desde su juventud llevaba vida solitaria. Antonio lo vio y rivalizó con él en el bien”<sup>155</sup>. La misma fuente nos dice que Antonio, como una abeja que busca el néctar en diferentes flores, se inspiraba en las diferentes virtudes que veía relucir en sus modelos.

Tan importante es esta imitación de los ancianos venerados que sus virtudes se convierten en una norma que no conviene exceder: “El medio de alcanzar fácilmente la verdadera discreción, enseña Casiano, consiste en marchar en las huellas de los ancianos. No tengamos la presunción ni de innovar, ni de confiarnos, para lo que sea, a nuestros sentidos propios; sino que caminemos siempre el camino que sus enseñanzas y su santa vida nos han enseñado”<sup>156</sup>. Al revés, no hay cosa que pueda hacer caer más fácilmente al monje que el desprecio de sus consejos y la confianza en su propio juicio. Es esta la sabiduría que la Regla del Maestro y la de Benito, siguiendo a Casiano, resumieron en el llamado octavo grado de humildad: “Nada haga el monje sino lo que persuade la regla común del monasterio y el *ejemplo de los ancianos*”<sup>157</sup>.

Hay otro grado de humildad estrechamente vinculado a la veneración de los *seniores* y es el quinto: la *apertura* del joven al anciano, especialmente a su padre espiritual. Quizás no haya recomendación más repetida que ésta en la literatura monástica primitiva. La introversión espiritual *siempre* es considerada como un verdadero peligro, además de una falta de amor y respeto al mayor<sup>158</sup>. En la Vida de Pacomio se refiere que “ninguno de los hermanos dejaba de confesar al abad Teodoro en particular su estado de alma y cada uno le contaba de qué manera luchaba contra el enemigo”<sup>159</sup>. El joven solitario y problemático, que prefiere devorarse interiormente antes que confiarse a un mayor, y que por su misma tensión interna es de difícil convivencia, carece por lo general también de respeto por los mayores.

El paso que sigue a la apertura del corazón es la *obediencia* a los consejos de los ancianos, otra forma del *seniores venerare*. También esta obediencia hay que comprenderla como envuelta en un sentimiento reverencial. Isaías de Gaza aconseja que una vez realizada la apertura a los ancianos “no se escuchen otras opiniones”, sino que se realice con fe lo que los ancianos dicen, “y Dios dará la paz”<sup>160</sup>. En esta misma línea está la sentencia anónima: “En el joven que comienza a convertirse, Dios no busca otra cosa que el trabajo de la obediencia”<sup>161</sup>.

Otro aspecto muy concreto de expresión de la veneración es el *servicio* de los ancianos, especialmente cuando están enfermos, como lo expresa magistralmente la RB en su capítulo 37: “Considérese siempre en ellos su flaqueza y de ningún modo se les obligue al rigor de la regla por lo que atañe a los alimentos; antes bien, úsese con ellos de piadosa consideración”. Fructuoso de Braga resume esta actitud de servicio reverencial en el capítulo 23 de su Regla: “A los monjes que envejecieron en el monasterio con una vida recta y piadosa, se les ha de colocar

---

<sup>155</sup> VSA III.

<sup>156</sup> Conf. II,11.

<sup>157</sup> Cf. Inst. IV,39; RM 10,72 y RB 7,55. Suponen algunos que estos “ancianos” serían más bien los Padres antiguos del monacato.

<sup>158</sup> Cf. HL 23; Inst. IV,9 y 39; Conf. II,10-11; IG IV,3 y 63.

<sup>159</sup> VP 132.

<sup>160</sup> IG IV,33.

<sup>161</sup> R XIV,15; cf. R. Pac., P 30.

aparte en una celda más espaciosa, con servidores escogidos por el abad; y allí, cuando estuvieren débiles y decrepitos, se les ha de preparar la comida a la hora de sexta”<sup>162</sup>. De Pacomio se dice que “en presencia de los ancianos y enfermos... se sobrecogía de compasión y se preocupaba de sus vidas en todo sentido”<sup>163</sup>.

La práctica concreta de todas estas formas de veneración va creando en los monasterios una atmósfera de gran *delicadeza humana*. Así lo ilustra la historia de aquel anciano de la Tebaida que tenía un joven discípulo muy virtuoso. El anciano acostumbraba instruir a su discípulo al atardecer, enseñándole lo que era útil para su alma. Después de haberle hecho la exhortación, rezaban juntos la oración y luego lo enviaba a dormir. Un día el anciano, estando cansado, se quedó dormido mientras estaba hablando al hermano. El joven esperó pacientemente que el anciano se despertara para rezar juntos, como era su costumbre; pero el anciano dormía profundamente. Después de haber esperado largo tiempo, el discípulo fue asaltado por el pensamiento tentador de irse a dormir sin haber recibido el permiso; pero se dominó, resistió al pensamiento y no se retiró. Pasada otra hora, de nuevo sintió ganas de dormir, pero también esta vez se mantuvo firme. Esto le sucedió hasta siete veces y siempre lograba dominar su pensamiento. Había pasado una buena parte de la noche cuando el anciano se despertó y encontró al joven discípulo sentado a su lado. “¿Te has quedado aquí hasta ahora sin irte!”, le dijo sorprendido. “Y bien, Padre, me quedé porque no me habías dado permiso de irme”. “Pero, ¿por qué no me despertaste?”. “No me atreví a tocarte, por miedo de causarte un disgusto”. Se levantaron, pues, y comenzaron a recitar las oraciones de la Vigilia. Y terminada la oración, el anciano dio la señal para el descanso<sup>164</sup>.

Cuando la veneración, por una larga práctica de la caridad, ha alcanzado su plenitud, cesan las palabras e incluso los gestos, para dejar lugar a un silencio enteramente contemplativo y misterioso, equivalente en el plano horizontal a lo que sucede en el vertical cuando se alcanza oración de quietud: «Tres hermanos iban donde el abad Antonio. Los dos primeros lo interrogaron sobre sus pensamientos y la salvación del alma; pero el tercero guardaba silencio completo, sin plantear cuestión alguna. Después de un largo tiempo el abad Antonio le dijo: “¿Tantas veces has venido acá y nunca me has hecho ninguna pregunta!”. El otro respondió: “Una sola cosa me basta, Padre: VERTE”»<sup>165</sup>.

### ***La transmisión de la experiencia espiritual en las comunidades***

El evangelio no es sólo una buena nueva que hay que anunciar, una doctrina que hay que difundir, sino también una verdad que hay que vivir (“hacer”, como dice San Juan). Esta verdad, vivida a través de años, constituye la *experiencia espiritual* y cuando esta experiencia de Dios en la oración y en el servicio de los hermanos es vivida comunitariamente, se acumula una riqueza que podemos designar muy bien con el término paulino de *depositum*. Normalmente este depósito no permanece inactivo, sino que al ser transmitido a la generación siguiente crece y, por decirlo así, arroja intereses. La generación más joven, teniendo la disposición de recibir la herencia espiritual de los mayores, a su vez la enriquece con su propia experiencia; aunque en la transmisión siempre se pierda algo del caudal (porque hay experiencias únicas e intransmisibles), lo perdido se recupera con los aportes nuevos de los más jóvenes. Este delicadísimo proceso de vida, repetido a través de las edades, es la tradición, la santa *paradosis*. Ella supone, pues, la existencia de dos polos, uno transmisor y otro receptor; este último a su vez, en la medida en que recibe, se convertirá gradualmente en transmisor. Si alguno de los dos polos falla y, por decirlo así, entra en cortocircuito, la transmisión se detiene. Ya hemos visto a través de numerosos ejemplos de la Antigüedad cuáles son los motivos y cuáles las circunstancias que producen la interrupción de esta corriente espiritual vivificante. Ahora nos

---

<sup>162</sup> RE, p. 162; cf. *ibid.* Regla común 8.

<sup>163</sup> VP 28.

<sup>164</sup> R VII, 43.

<sup>165</sup> G Antonio 27.

toca ver lo que los Padres enseñan sobre la manera de mantener vivo el proceso de transmisión del patrimonio.

1. La primera precaución es *el cultivo permanente en los cenobios de los valores constituyentes de la vida monástica*, o, para decirlo con palabras de Casiano: “Los monasterios no se rigen según el parecer de cada uno de los que renuncian al mundo, sino con arreglo a las herencias (*successiones*) y tradiciones de los mayores. (Sólo) así (los cenobios) permanecen o son fundados para permanecer”<sup>166</sup>. Este pensamiento básico a nuestro parecer lo formula Casiano a propósito de la fundación reciente de un monasterio en la Francia meridional y precisamente porque desea que esta novel fundación *permanezca*, es decir, sea estable y seria, dice que “la razón por la cual cree necesario exponer lo que antiguamente ha sido establecido por los Padres y que aún hoy es guardado por los servidores de Dios en todo Egipto, es que este nuevo monasterio, novicio en Cristo, sea educado desde su más tierna infancia en las instituciones más antiguas de los primeros Padres”<sup>167</sup>.

Muy unido al aprecio por estas tradiciones constituyentes de los ancianos encontrarnos, al menos en el monacato pacomiano, la *veneración por el recuerdo del fundador*, lo que, como se sabe, es considerado por el decreto *Perfectae caritatis* como uno de los principios fundamentales para una renovación adecuada<sup>168</sup>. Del abad Petronio, sucesor inmediato de Pacomio, se dice que en su breve mandato “gobernó a los hermanos en la palabra de Dios y en el recuerdo de su Padre”<sup>169</sup>.

2, Para poner en movimiento el proceso de transmisión del patrimonio, porque la mera contemplación de estos valores no basta, se necesitan hombres “instruidos en todas las disciplinas de las virtudes”<sup>170</sup>, ancianos espirituales capaces de transmitir preceptos saludables<sup>171</sup>. Esta condición se aplica especialmente al superior de una comunidad: “Nadie es elegido para gobernar una comunidad, declara Casiano, si antes el que ha de presidirlos no ha aprendido, obedeciendo, qué es lo que ha de mandar a sus súbditos y ha practicado él mismo en las reglas de los ancianos lo que debe enseñar a los más jóvenes (*iunioribus tradere*)”<sup>172</sup>. La misma exigencia se establece con respecto de todos los que deben ayudar al novicio a desprenderse de su voluntad propia<sup>173</sup>: deben haber vivido en su juventud lo que más tarde enseñan en su edad madura. Con esto hemos señalado, pues, los polos transmisores: los ancianos espirituales, el superior y el maestro de novicios.

Estos dos polos mantienen vivo el proceso de la *parádoxis* por dos medios: el primero, siempre, es el de su *ejemplo*; en otras palabras, en su vida deben haberse encarnado los valores que le son presentados a la comunidad como supremos. Donde existen ancianos que se hayan “fatigado largo tiempo en los ejercicios de la vida común (ascesis)”, habrá también jóvenes dispuestos a convertirse en “hombres que viven la Vida verdadera”<sup>174</sup>. De este ejemplo los ya mencionados agentes de la tradición no están eximidos, ni aun en su más avanzada edad, pues cuando comiencen a fallar las fuerzas su mera actitud debe dar testimonio. Respecto de los más inválidos de una comunidad san Basilio Magno observa lo siguiente: “Mientras tengan fuerzas muestren la actividad de su celo y den el ejemplo de toda observancia. Cuando las fuerzas les falten, vivirán en estado de alma tal que sobre su rostro y en su actitud aparezca que están persuadidos de encontrarse bajo la mirada de Dios y en la presencia del Señor, manifestando en

<sup>166</sup> Inst. II, 3. El criterio para medir la situación de un monasterio sería, pues, la tradición monástica, no las opiniones de sus monjes.

<sup>167</sup> Inst. II, 2; cf. DG, Instrucciones VI, 69.

<sup>168</sup> *Perfectae Caritatis* 2: “Hay que conocer y observar el espíritu de los fundadores y los fines propios, lo mismo que las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto”.

<sup>169</sup> VP 117.

<sup>170</sup> Inst. II, 3.

<sup>171</sup> Cf. Conf. II, 13.

<sup>172</sup> Inst. II, 3.

<sup>173</sup> Cf. Inst. IV, 8.

<sup>174</sup> VP 104-105.

su conducta aquellas propiedades que el Apóstol considera características de la caridad: ‘La caridad es paciente y benévola, no es envidiosa, no obra a destiempo, no se infla, no es desdenosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija de la verdad. Ella soporta todo, cree todo, espera todo, sufre todo. La caridad no terminará jamás’ (1 Co 13,4-8). Todo eso se puede realizar incluso en un cuerpo débil”<sup>175</sup>.

Sólo en segundo lugar se menciona como elemento dinamizador de la transmisión espiritual la *doctrina* de los ancianos, superiores y formadores de novicios. Gráficamente describe Casiano en sus Instituciones este proceso por medio de la enseñanza: “Los ancianos que han sido testigos durante su vida de tantas caídas y tantos yerros en las almas de los monjes, suelen hablar de estas cosas en sus conferencias, sobre todo, en orden a la instrucción de los jóvenes. Y a menudo, mientras les oía yo hablar y contar sus experiencias, tuve ocasión de reconocer en mí más de una vez algún rasgo de lo que ellos decían en sus conversaciones... Aprendía de ellos, sin salir de mi silencio ni dar a nadie noticias de mis cosas, la causa de los vicios que me atormentaban, así como su eficaz remedio”<sup>176</sup>.

Hay un último punto que interesa destacar en este análisis del polo transmisor de la tradición, y es la necesidad de tomar en cuenta la edad espiritual del agente receptor. De Pacomio se refiere expresamente que “no revelaba a los hermanos sino lo que contribuía a la fe y a la edificación de ellos”<sup>177</sup>.

3. En cuanto a las condiciones del polo *receptor*, es decir, de la generación más joven, nuestras fuentes subrayan como primerísima e insoslayable la disposición de *apertura*: los recién convertidos que vienen al monasterio para buscar a Dios no deben imponer su modo de vida, sus criterios o sus ideas. El monacato antiguo no admite que la vida comunitaria se construya a partir de los impulsos de la “juventud de hoy”, ni permite que en vistas de cada nuevo postulante se vuelva a cuestionar todo el régimen de convivencia y de servicio de Dios. En otras palabras, el polo receptor debe practicar el octavo grado de humildad de la RB, sobre el cual ya hemos hablado. El joven debe comprender que lo auténtico evangélico no se identifica necesariamente con lo “nuevo” y en cambio sí muchas veces con lo antiguo. “Duras son estas palabras”. ¿Es que el monacato antiguo no deja ninguna iniciativa al joven? ¿Es que no valora el aporte de la juventud? Frente a la primera interrogación se puede afirmar que en la perspectiva de las fuentes que consultamos apertura y docilidad no se identificaban con pasividad<sup>178</sup>. Los jóvenes que encontramos en la literatura monástica antigua no dan de ninguna manera la impresión de seres apocados, inhibidos y carentes de espontaneidad, todo lo contrario. Frente a la segunda pregunta habría que decir que precisamente para hacer fecundo y útil el aporte de la juventud, se estimaba que era necesario purificarlo previamente de sus ambigüedades y escorias. Un padre espiritual no se improvisa: de ahí la larga preparación a que se sometía a los jóvenes en vista de sus futuras tareas. Lo que hoy es polo receptor mañana tendrá que ser transmisor, según lo exige el principio de la tradición.

4. El proceso de la transmisión del patrimonio no se realiza entre individuos aislados, sino que requiere un medio vital favorable, que es la *comunidad*. De ahí el cultivo de los valores comunitarios (doctrina de los vicios y de las virtudes) en Pacomio, Basilio y Benito, para no mencionar sino los principales. Pero tampoco el mismo Padre de los anacoretas, el abad Antonio, desconoce el inapreciable valor de la comunidad. Cuando los discípulos de Pacomio fueron a visitar un día al gran solitario, al que saludaron como “luz de este mundo”, éste les respondió: “Os voy a convencer por mi réplica. Al principio, cuando me hice monje, no había *cenobio para educar las almas de otros*: cada uno de los monjes practicaba la ascesis

---

<sup>175</sup> R Bas, PR 200

<sup>176</sup> Inst. VII,13

<sup>177</sup> VP 88.

<sup>178</sup> Cf. I. HAUSHERR, *La direction spirituelle en Orient autrefois (Orientalia Christiana Analecta, 144)*, Roma 1955.

individualmente y aislado. Fue vuestro Padre, quien con la inspiración del Señor, creó esta hermosa institución”<sup>179</sup>. Lo que Antonio llama “educación de las almas” es precisamente el proceso de tradición del que hablamos. Cuanto mejor y más profundamente viva la comunidad, tanto más intenso será el flujo de la santa *parádoxis* entre las generaciones.

### **Conclusiones**

El punto de partida de nuestra investigación ha sido el deseo de indagar la razón profunda de la vitalidad de ciertas comunidades y de la anemia espiritual de otras, sea que nunca llegaran a florecer sea que, después de años afortunados, hayan experimentado dolorosas rupturas. Tal problema se puede abordar por varios costados; nosotros hemos preferido el de la consulta de las fuentes. Por eso hemos querido ante todo que hablaran ellas mismas, incluso sacrificando un poco la sistematización del pensamiento. Más que una tesis elaborada hemos querido presentar temas de reflexión. Aunque del material revisado se podrían derivar muchas conclusiones, nosotros quisiéramos destacar las siguientes:

1. Llama la atención la naturaleza no-intelectual de los conflictos entre jóvenes y ancianos. Si hay choques no es a propósito de asuntos doctrinales, ni sobre la orientación general de la vida monástica o particular de las diferentes tareas dentro de ella. No se discute sobre la manera de conducir un cenobio o de cumplir determinados oficios dentro de él. En otras palabras: no hay divergencias objetivas; con rara unanimidad las fuentes sitúan el origen de los conflictos siempre en el fondo del alma humana, atribuyéndolos a la falta de alguna virtud, a la eclosión de algún vicio. En contraste con la tendencia moderna de objetivar y exteriorizar todos los conflictos humanos, descuidando el aspecto subjetivo-síquico de la cuestión, los antiguos subrayan precisamente el sico-análisis, interesándose poco por el “tema” objetivo que se debate en el conflicto. Sus descripciones de las relaciones interpersonales son radiografías, no fotografías; les interesan las “intenciones” y no tanto las “razones” y por ello su juicio recae sobre el interior del hombre, no sobre sus realizaciones exteriores.

2. Las fuentes monásticas no dan pie para privilegiar ninguna de las edades. Ambas tienen sus grandezas y miserias. Ni la palabra “joven” tiene un sentido laudatorio o encomiástico, ni el término “viejo” es peyorativo y, ante todo, ninguno de los dos tiene un sentido absoluto, puesto que hay viejos jóvenes y jóvenes viejos. Lo ideal es que la comunidad se componga de ambos, pues se necesitan mutuamente. Tanto la gerontocracia como la dictadura del juniorado desembocan en la ruptura de la tradición, lo que normalmente significa la muerte de la comunidad.

3. Es necesario que las dos generaciones conozcan sus defectos típicos y los combatan a la luz de la doctrina tradicional y que sepan aprovechar, por otro lado, las virtudes que la tradición descubre en ellos o que desea ver desarrolladas en ellos. Esto exige a su vez el conocimiento y la aceptación de la antigua psicología monástica, más tarde ampliada y explorada en mayor profundidad por Santo Tomás.

4. Por encima de todos los fracasos y decepciones hay que tener siempre presente que las fuentes nos confirman que la sana convivencia de edades dispares no solamente es posible, sino que también ha producido los más hermosos frutos en la historia de los monjes. Si con sano realismo no disimulan la existencia de conflictos en el interior de una comunidad de consagrados, por el otro lado no dejan de poner énfasis en el *misterio de la reconciliación* como factor siempre renovador de los estancamientos humanos. Por encima de todas las tensiones debe prevalecer siempre el optimismo que exhalan los testimonios de los orígenes.

5. El principio *Seniores venerare et iuniores diligere*, más que un precepto de cortesía fraterna

---

<sup>179</sup> VP 120.

es para nosotros la puerta de entrada a un gran misterio, la de un mutuo aprecio y una mutua complementación que hacen posible la transmisión del patrimonio espiritual, y esto, a su vez, constituye la vida de las comunidades y su *chance* de supervivencia: “Anticipense a honrarse unos a otros. Tolérense con suma paciencia sus flaquezas tanto físicas como morales; préstense obediencia a porfía mutuamente; nadie busque lo que juzgue útil para sí, sino más bien para los demás; practiquen la caridad fraterna castamente; teman a Dios con amor; amen a su abad con sincera y humilde dilección y nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos a la vida eterna” (RB 72,4-12).

*Las Condes - Los Toldos*

## **BIBLIOGRAFÍA**

CI = SAN JUAN CRISÓSTOMO: “*Contra los impugnadores de la vida monástica*” (Texto, introducción, traducción y notas de D. Ruiz Bueno), BAC 169, Madrid 1958, pp. 378-528.

Conf. = CASIANO: “*Conferencias*” (Introducción, traducción y notas de L. María y P. M. Sansegundo) Madrid 1958, 2 vols.

- Texto latino en *Sources chrétiennes* (SC) 42, 54 y 64, Paris 1955-59.

DG = DOROTHEE DE GAZA: “*Oeuvres spirituelles*” (Texte, introduction, traduction et notes par L. Regnault et J. de Préville), SC 92, Paris 1963.

DS = “*Discours de salut a une vierge*” (Traduit du grec par J. Bouvet) en “*Vie de Sainte Synclétique*” (Textes de Spiritualité orientale N° 9), Bellefontaine 1972, pp. 109-148.

EP = EVAGRE LE PONTIQUE: “*Traité Pratique*” (Texte, introduction, traduction et notes de A. y C. Guillaumont), SC 170-171, Paris 1971.

G = “*Les Apophtegmes des Pères du désert*” (Introduction, traduction et notes par J. C. Guy en Textes de Spiritualité orientale N° 1), Bellefontaine 1966.

-Texto griego en PG 65, 75-440.

HL = PALADIO: “*Historia Lausiaca*” (Introducción, traducción y notas de L. E. Sansegundo Valls), Madrid 1970.

-Texto latino en PL 73, 1091-1218.

IG = ABBE ISAIE: “*Recueil ascétique*” (Introduction et traduction par les moines de Solesmes en Textes de Spiritualité orientale N° 7), Bellefontaine 1970.

Inst. = CASIANO: “*Instituciones*” (Introducción, traducción y notas de L. María y P. M. Sansegundo), Madrid 1957.

-Texto latino en SC 109, Paris 1965.

J-Ep. = JERÓNIMO: “*Cartas*” (Texto, introducción, traducción y notas de D. Ruiz Bueno), BAC 219-220, Madrid 1962.

NR = “*Les sentences des Pères du désert. Nouveau recueil*” (Introduction par L. Regnault, traduction par les moines de Solesmes), Solesmes 1970.

PJ = “*Vie des Pères du Jura*” (Texte, introduction, traduction et notes par F. Martine), SC 142, Paris 1968.



- R = *“Les sentences des Pères du désert”* (Introduction de L. Regnault, traduction de J. Dion et G. Oury), Solesmes 1966.  
-Texto latino en PL 73,855-1022.
- RA = *“Règle de Saint Augustin”* (Texte et traduction de A. Sage), Paris 1969.
- RB = *“Regla de San Benito”* (Introducción de García M. Colombás, texto y traducción de L. M. Sansegundo y notas de O. M. Cunill), BAC 115, Madrid, 1968.
- R Bas. = *SAINTE BASILE: “Les Règles monastiques”* (Introduction et traduction par L. Lébe), Maredsous 1969. Con la sigla PR indicamos las Pequeñas Reglas.
- RE = *“Reglas monásticas de la España visigoda”* (Texto, introducción y traducción de J. Campos Ruiz), BAC 321, Madrid 1971, pp. 21-211.
- RM= *“La Règle du Maître”* Texte, introduction, traduction et notes par A. de Vogüé), SC 105-106, Paris 1964-5.
- R Pac. = *“Les Règles de Saint Pachôme”* (Traduction par les moines de Solesmes) en *“L'esprit du monachisme pachomien”* (Textes de Spiritualité orientale, N° 2), Bellefontaine 1968, pp. 11-57. Con la sigla P indicamos los *“Precepta”* y con la sigla PJ los *“Præcepta atque Iudicia”*.
- RPS = *“Regula Pauli et Stephani”* (Edicio crítica i comentari de J. E. M. Vilanova), *Scripta et Documenta*, N° 11, Montserrat 1959.
- VD = *“Vida de Dositeo”* (Introducción, traducción y notas de M. de Elizalde), *Cuadernos Monásticos* V, 13 (1970), 134-151.  
-Texto griego en SC 92, Paris 1963, pp. 122-145.
- VM = *SULPICE SEVERE: “Vie de Saint Martin”* (Texte, introduction et traduction par J. Fontaine), SC 133, Paris 1967.
- VP = *“Première Vie grecque de Saint Pachôme”* (Introduction et traduction par A. J. Festugière en *“Les Moines d'Orient”*, IV/2), Paris 1965.
- VS = *“Vie de Sainte Synclétique”* (Traduction par O. B. Bernard en Textes de Spiritualité orientale, N° 9), Bellefontaine 1972 pp. 1-10.
- VSA = *SAINTE ATHANASE: “Vie et conduite de notre Saint Père Antoine”* (traduction par B. Lavaud en *“Vie des Pères du désert”*), Paris 1961, pp. 21-91.  
-Texto griego en PG 26, 837-976.
- VSM = *GREGOIRE DE NYSSE: “Vie de Sainte Macrine”* (Texte, introduction, traduction, et notes par P. Maraval), SC 178, Paris 1971.